Carta para una niña muy pequeña

Sara, querida niña: Vas a vivir en un tiempo en el que yo no voy a estar, en unos tiempos, distintos, para los que te escribo esta carta. Pero hay cosas que son de siempre, como la soledad, o el amor, o la tristeza; también, la esperanza. Procura no olvidar esta palabra, leerla en esas horas en las que yo no podré ya pronunciarla. No rompas estas cuartillas; déjalas en un sitio al que puedas volver algún día. Aunque pase la tristeza, y su contraria, la alegría; aunque pasen el amor y el desamor, y la compañía y la soledad, que esta carta te diga en un momento que la esperanza puede recobrarse siempre. Su tiempo, cierto y fugitivo, hay que arrancarlo de donde sea, quizás de la misma nada. Todo puede consistir en pisar despacio, como lo haces ahora, sin herir la tierra para que no se vuelva contra ti. Un poeta que acaso leas entonces lo ha dejado ya escrito: "Si vas deprisa, la vida te seguirá como un buey manso". Pisa la piel de la tierra como si fuera el lomo de un perro o la piel de una alimaña que pudiera despertar de pronto. Todo se levanta en ella cuando menos lo esperamos; se revela como una flor o con un rugido, con un aviso de la desolación o como un anticipo de la dicha.

Tu nombre, Sara, hermoso y bíblico, quiere decir princesa. Te espera un reino, pero tú ya lo llevas en ti; abril no está en la primavera, está en nuestro corazón. Que en ti permanezca, y se ensanche, y se suceda a sí mismo. Ahora que te veo tan iluminada e indefensa, que parece que me invitas a que te cobije, y que no entiendo del todo el puente que hay de mis brazos a los tuyos, la distancia infinita que los separa; ahora que por tu orilla pasa un tiempo indomable, un relámpago de luz prometedora, ahora que ensayas palabras que solo tú comprendes, pienso en el día grave de un mañana en el que yo no podré consultar el metal indescifrable de tus ojos donde me miro y te estoy mirando. Sé que la soledad de mí para ti apenas será nada en algún día amenazador cuyo signo no podré cambiar ni con mi carta, pero léeme si te acuerdas, o piensa solamente que te he escrito para decirte que yo estaré allí, a tu lado, como lo estoy ahora, para hablarte de la indomable palabra, la esperanza, vencedora de todos los desencantos.

Esta carta se escribe para tus diez años, para tus veinte años, para tus treinta años. Acaso la escribo para la mujer que puedes llegar a ser un día, rendida y apartada, a la que yo no podré llegar para aliviar el cansancio, el principio del acabamiento. Lee esta carta entonces; ella me acercará a tu soledad y, aunque ya no me veas ni te acuerdes de mí, tienes que pensar que hoy, tan anticipadamente, he pensado en tu desamparo, y que llego a ti desde distancias que no son nada en el tiempo, desde paisajes que pondrán un misterioso y tibio árbol de hoy en la arboleda del mañana...Toca en ese instante una piedra, el haz brillante de una hoja, el ramo de agua de una fuente. En ese fluir sonoro y cierto, ininteligible y sin palabras, como tú eres ahora que intentas decir mi nombre y te aseguras en él con una dominación triunfante, en ese río estaré yo. Te lo escribo en esta carta; te lo diré en esta carta si la has guardado contra el tiempo. Si esos años te han ido separando de mí, de mi memoria sin memoria, yo te pido que recuperes el deseo infinito de acercarte mi amor, "ceniza con sentido, campanada que se propagará sin término".

El mundo que te rodee entonces no sé cómo será. Mi amor no te pedirá nunca nada, ni siquiera el recuerdo si el recuerdo se ha borrado. Caminas ahora; saltas, indiferente. No sabes que yo te estoy mirando desde lejos, que te escapas de mis ojos y vuelves sin saberlo; que cada gesto y cada movimiento y cada sonrisa tuyos están creando el mundo, están alzando el reino. En mi confusión de hombre, súbitamente, solo tú eres la luz y la verdad. Solo en ti, en ti, tan niña, en todos los niños como tú está la pura, la incontaminada señal de la existencia. Si esas palabras, ahora tan sin hacer dentro de tu pecho, pudieran concertarse de pronto, nos harías partícipes del

más hermoso de los lenguajes y nos entenderíamos en una parcela del amor inconfundible. Pero tratas de amar como nosotros queremos enseñarte y a veces nos sorprendes con el relieve de una palabra de la que has tomado una inédita conciencia. Hoy has dicho en un grito: "¡Mío, mío!", aferrándote a un juguete... "¡Mío, mío!", disputándole un dulce a otro niño, sin sospechar que un día de esos veinte, de esos treinta años, en que puedas leer mi carta, estarás diciendo para alguien: "¡Tuyo, tuyo es mi corazón; tuyo mi amor; tuya yo, y dueño tú de mi totalidad!". Eso será el amor, palabra que ahora no puedes entender, pero que ya te posee de algún modo cuando reclinas la cabeza en mis rodillas, porque sientes que algo hay en ti sin descifrar y que participa de la universal armonía que levantan los que aman.

En ese día en que abras esta carta, dentro de diez, de quince, de veinticinco años, no entenderás tampoco que yo me revele para ti como un testigo fiel de este milagro que hoy eres sobre la tierra, aprendiendo a sentir, a conocer, a crecerte y a esperar en tus indecisas palabras que, llenas de vacilaciones y descubrimientos, te rodean y te descifran. Con esas letras tendría yo que escribirte ahora para que un día recibieras la esperanza -he ahí el secreto-, la enorme esperanza que señalas en la hermosísima simplicidad de tu evidencia humana.

Lee, lee esta carta que va a alojarse en tus manos, adivinadas en su expresividad, dueñas del dibujo con que van a mover el aire; lee a la sombra de tu pelo, que ya veo sustancialmente vegetal y lento, como una brazada de fuego, quizás en sombra, que rozará este papel, deslucido en el tiempo, marchitado y con duelo como la flor humilde y silvestre de mi pensamiento.

Las cartas no son de nadie. Ni de quien las ha escrito ni de quien las recibe. Las cartas son el ademán de un alma en vilo que nadie puede retener, del que nadie puede apropiarse. Latido fugaz que busca otro latido; mirada hacia un vacío que otros ojos pueden llenar al recibirlas. Esta de hoy puede perdurar por tu fidelidad o por tu olvido. Los años que tardes en leerla o en volver sobre ella pueden ser diez, o veinte, o treinta, o más, o más... Acaso te refugies en estas líneas cuando te encuentres de vuelta de todas las palabras y estas mías te suenen como ajenas o impertinentes. Igual que ahora levantas de la nada tu lenguaje, un día lo irás devolviendo a la nada de donde salió. El brillo y el grito retornarán a la opacidad y al silencio. Habrás cambiado el "¡mío, mío!" de hoy, quién sabe si el "¡tuyo, tuyo!" de mañana mismo, por el "¡vuestro, vuestro!" de la renuncia definitiva, y a lo lejos se oirá la voz de una niña muy pequeña que empezaba a ensayar sonidos ante la amenazadora oquedad de la vida... Sara, o princesa, o esperanza, esta carta puede ganar mayor sentido, porque todavía habrá un lugar para la esperanza en ese "¡vuestro, vuestro!" de darte a todo lo que te rodee en los finales, en el último tiempo del reinado. Tus dedos se aflojarán en una inefable pasión de entrega.

Escribo en la tarde de un otoño. Tus pasos vacilantes se van afirmando en la tierra húmeda del parque. Algo ha sonado en la distancia. Parece un llanto entre los árboles que, "sin prisas y sin pausas", se están desprendiendo de sus hojas. Parece una risa que desemboca en una sonrisa melancólica. Vas y vuelves sin rumbo. Entras en la hierba prohibida. Al final, te acoges a mis rodillas; te abrazas a mis piernas. Ya te he dicho; no sé si esto es una forma de amor. Estás abajo, muy abajo. Te alzo del suelo y regresamos. Ahora te llevan otros brazos amantes.

...Y yo escribo para tus diez, para tus veinte, para tus treinta años. O más, o más. Para entonces envío esta carta que ya no es mía y todavía no es tuya. Porque las cartas, en definitiva, no son de nadie.

Te besa,

José